

LA INDIA PARA LOS INDIOS

INFORME LEÍDO EN LA SESIÓN DEL 16 DE NOVIEMBRE DE 1909
POR EL **Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosera**
ACERCA DE UN ARTÍCULO PUBLICADO EN LA *Revista de Ambos Mundos*, DEL 1.º DE AGOSTO DE DICHO AÑO, CON EL TÍTULO «L'Inde *aux indoux*» Y FIRMADO POR EL COMANDANTE A. DAVIN.

El 1.º de Julio último un crimen odioso causó en Londres y en toda Inglaterra emoción profunda.

Un estudiante indou, llamado Dhingra, discípulo hacía tres años de l'University College, mató á tiros de revólver al teniente coronel sir William-Hutt Curzon Wylie, ayudante político y de campo de lord Morley, secretario de Estado para la India.

El asesinado salía del Instituto Imperial, adonde había ido á invitación de L'Indian Association, cuando cayó herido de varios balazos en la cabeza.

El Dr. Carvas Lalcala, que se precipitó para hacerle con su cuerpo una defensa, fué muerto sobre su cadáver. ,

El carácter político del asesinato no fué puesto en duda por nadie. Se sabía que existía en la India una gran agitación; pero el mal apareció más grave de lo que se creía, cuando un fanático asesino vino á herir en pleno Londres á un hombre conocido de todos por su carácter simpático y conciliador.

El suceso se ha hecho más de actualidad; urgentes y angustiosas las cuestiones que hervían en los espíritus con mo-

tivo de la situación de la India, y para tratar del asunto el escritor se remonta á algunos años atrás.

En 1905, por vez primera en los tiempos modernos, el Asia triunfó de Europa. La victoria de los nipones, sonando como campanada en noche tranquila, sacudió el entorpecimiento asiático, y negros y amarillos se frotaron los ojos gritando: «China para los chinos, Persia para los persas ó India para los indous».

En la India esta exclamación responde á un movimiento de gravedad singular, porque la agitación, lejos de ser obra de propagandistas aislados á la orden de hombres influyentes de babous, discípulos de los maestros occidentales. ¿Qué piden estos intelectuales descontentos? Los más atrevidos querían suprimirlo todo, castas, religiones, y principalmente los ingleses.

Los moderados reclaman, por el momento, el *self-government*, y para mañana la emancipación íntegra de la India.

Saben que los europeos no son invencibles y su expulsión les parece realizable. «Somos trescientos millones—dicen;— los ingleses no son más que ciento cincuenta mil: dos mil contra uno.»

Podría contestárseles que la India no constituye una nación y que su población heterogénea, al revés de la del Japón, no es más que una mezcla de grupos disjuntos que en número de 65 millones de habitantes conservan sus jefes hereditarios, sombra de soberanos que bajo tutela rigurosa ejercen un poder aparente á la manera del bey de Túnez.

Actualmente se ciernen sobre el país vientos de revueltas, cuyas ondas se propagan por periódicos y folletos, sociedades secretas y meetings.

El virrey combate la propaganda revolucionaria bajo formas diversas, sujetando á los periódicos por medio de rigurosas persecuciones, suspendiendo numerosas hojas indígenas, dictando por sus tribunales sentencias de destierro contra los propietarios de periódicos; todo lo cual se prueba con numerosos ejemplos.

La excitación continúa, la policía descubre todos los días nuevos hechos en materia de prensa, de la que salen hojas volantes llenas de insultos y amenazas á los ingleses, carteles sediciosos y consejos á aquellos de que sin tardanza den la autonomía sin intervención ninguna del Gobierno británico.

Hace poco más de un año, una bomba lanzada contra la habitación de un magistrado mató dos damas inglesas y su cochero, y poco después, otra cayó sobre un tren lleno de viajeros británicos. Más tarde, dos aparatos de muerte estallaron cerca de un tren en que se encontraba el abogado general.

Desde hace veinticinco años, y en una fecha fija, los indous de las primeras castas se reúnen anualmente en Congreso nacional, menos para discutir sus intereses que para preconizar la violencia y la rebelión, y una multitud obediente, silenciosa é inmóvil, con turbante blanco, escucha á los oradores, que son frecuentemente brahamanes, que por su casta y sus funciones encarnan un despotismo tiránico.

El Congreso de 1906 se abrió en Calcuta bajo la presidencia del parsi Naoroji, que había sido fundador de una casa de comercio en Londres; que perteneció á la Cámara de los Comunes, donde le enviaron los liberales de Frisburgo, y que volvió á su país muy experto en negocios, anglófono y más indou que nunca, tomando una parte activa en las maniobras antieuropeas, preconizando no solamente la prohibición de las importaciones del Reino Unido, sino la negativa de toda asistencia á los ingleses.

Los virreyes no prestaron al principio sino una atención escasa á estas asambleas que creían sin influencia; pero al fin tuvieron que rendirse á la evidencia ante las perturbaciones que tenían lugar en puntos alejados entre sí, ante los saqueos de almacenes, ante los ultrajes á la estatua de la Reina Victoria, ante las huelgas de empleados de caminos de hierro y bandas de paisanos armados de estacas que recorrían los arrabales de poblaciones importantes y ante los *meetings* de protesta contra simples medidas del orden administrativo.

Para que nada faltase, Banerjee, fautor de rebeliones, fué coronado rey de Bengala en Setiembre de 1906.

En medio de esta agitación política, sólo los musulmanes han permanecido tranquilos. En número de 80 millones, consideran á Eduardo VII como su propio soberano. El Gobierno utiliza estas buenas disposiciones, y por un procedimiento tan antiguo como el mundo, procura dividir para reinar, oponiendo á los indous el bloc compacto de los musulmanes.

Por su parte, los indous se adelantan á los sectarios de Mahoma y predicán la cooperación indomusulmana.

De estas maniobras hacen su camino, y si bien los musulmanes permanecen apartados del movimiento genófobo y se oponen al boycottage de los productos británicos, hay grupos que han reclamado la misma participación que los indous en los cargos públicos; pero la autoridad les ha desarmado, porque los exámenes sirven de base á los nombramientos y los indous hacen en ellos mejor figura que los mahometanos.

Las causas del descontento y de las aspiraciones separatistas son múltiples.

Hace tiempo, los intelectuales moderados piden que los indígenas sean tratados al igual de los europeos, sobre todo en lo que afecta á la repartición de los empleos, así como una parte equitativa en la administración de su país y la reducción del tiempo de servicio en el ejército, con más la creación de escuelas militares para los jóvenes indígenas, á fin de poder optar á todos los grados del ejército. Reclaman también el desarrollo de la enseñanza científica, agrícola é industrial, la rebaja de los impuestos en relación con los superávits del presupuesto, la mejora de los caminos, la cesación del abuso que consiste en hacer gravar sobre el presupuesto de la India las expediciones militares exteriores en China, Transvaal, Egipto y en otras partes, y, por último, el derecho de emigrar á las colonias británicas, algunas de las cuales rechazan los hombres de color.

Para hacer frente á la tempestad, el Gobierno abandona á

los indígenas las tres quintas partes de los empleos inferiores, si bien les aparta de los cargos elevados. Les abandona las plazas de agentes de justicia inferiores, pero se reserva el nombramiento de jueces.

La actitud glacial de los administradores ingleses tiene gran parte de culpa del movimiento anti-inglés, pero el prestigio de aquéllos se ha debilitado y ciertos indous no guardan ya delante de los dominadores aquel respeto exterior que en otro tiempo era regla inflexible. Entre los administradores y administrados hay una zanja que el Gobierno no trata de rellenar.

Absorbido el virrey por preocupaciones múltiples, carece de tiempo y de voluntad para dirigir la opinión.

Tal es la situación verdadera, que un secretario de Estado caracteriza con estas palabras: «El Gobierno conoce poco el espíritu público, el público ignora las intenciones del poder, y de aquí esa mala inteligencia de imposible solución».

Examinando la educación—dice el autor del artículo— <á pesar de los millones de rupias que los ingleses gastan para realizarla, el fracaso es lamentable».

En 1901, según la estadística oficial, un millón de indous escribía y hablaba el inglés. Los numerosos jefes de este ejército, con título universitario, citan á Shakspeare, Locke y Macaulay, se han codeado con sus futuros administradores, han asistido á *matches* interminables de *foot-ball*, *golf* y *polo*. En estas y otras reuniones los jóvenes estudiantes concebían ideas de transacción.

Pero al volver á su casa, nacionalistas, en vez de un vivo agradecimiento hacia el alma máter que les ha abierto generosamente tantos horizontes, abrigan odio profundo á Inglaterra y al nombre inglés, sedientos de destrucción y de libertad, porque ¿qué encuentran en la India? El despotismo puro, funcionarios soberbios y desdeñosos que se mecen en una esfera superior é inaccesible; fenómeno que hace brotar en ellos el ideal de la abolición del poder existente, susceptible de alcanzarse por todos los medios, aun por las

bombas, si éstas pueden apresurar la salida de los ingleses del país.

En las escuelas indígenas, que frecuentan cuatro millones de niños, ciertos maestros, imbuidos de ideas muy avanzadas enseñan una moral particular. En 1908 se cogieron en la casa de uno de ellos bombas peligrosas, y estos pedagogos, poco vigilados, contribuyen á mantener la efervescencia y preparan generaciones de rebeldes arraigando ideas revolucionarias en aquellos tiernos cerebros.

Algunos estudiantes que siguen en el extranjero cursos de Derecho y de Medicina toman también lecciones de acción directa.

En Londres y en París estudian los aparatos explosivos, su modo de usarlos y conservarlos y la manera de producir efecto máximo.

Llegó un día en que la anarquía, juzgando inútil ir á buscar enseñanzas en un país lejano, abrió en Calcuta una escuela. Profesores expertos inculcaban á los agentes los principios indispensables. La policía dispersó la escuela, pero no extirpó el germen.

Los babous apoyan sus reivindicaciones en los hechos anteriores de Rusia y, cosa increíble, encontraron excitaciones peligrosas en algunos ingleses.

El Congreso nacional de 1904 fué presidido por un funcionario inglés, sir Henry Cotton, adversario resuelto de los procedimientos administrativos actuales, raro pero poderoso estimulante.

Hardie, jefe socialista de la Cámara de los Comunes, ha excitado á los indios contra la dominación británica, y recién desembarcado en Bengala, pronunció delante de los indios palabras imprudentísimas de enemigo de la metrópoli.

¿Qué remedios son capaces de atraer la calma? En Inglaterra se investigan métodos dirigidos al acrecentamiento del bienestar general. Importantes empleos se reservan á europeos de segundo ó tercer orden que hacen más mal que

bien; en tanto que la India fué administrada por hijos de gentlemen, la agitación no se extendió.

Lord Crimmer, que se lamenta de este mal, podría añadir que esta colonia no es ya en este punto el edén de otro tiempo y que los mejores discípulos de Oxford y de Cambridge, que se disputaban los empleos, van hoy á buscar fortuna á otros rincones del Imperio.

Inquieta la metrópoli por la agitación actual, traza reglas propias para restablecer la tranquilidad. Sus Gobiernos protestan en sus discursos de la imposibilidad de aplicar á la India los métodos represivos, recomendando á la Cámara de los Comunes muchas reformas. Organización de un Comité consultivo de notables; ampliación de los poderes del Consejo de la India y de los poderes legislativos provinciales; nombramiento por el Secretario de Estado de dos indígenas miembros del primero, representación más efectiva del elemento indou en los segundos. El Consejo de la India ha recibido ya la primera mejora. Creado después de la insurrección de 1857, este Consejo, que tiene su asiento en Whitehall, contaba doce miembros escogidos entre los altos funcionarios del país. En 1907 las Cámaras inglesas han elevado este número á catorce por la adición de dos miembros indígenas, un musulmán y un indou. Últimamente, en el presente año, el Parlamento ha votado reformas según las cuales muchos miembros de los Consejos legislativos provinciales serán elegidos en adelante por sufragio directo.

¿Qué política debe adoptar ahora Inglaterra respecto de los indígenas? El aforismo «hemos conquistado la India por la espada y la conservaremos por la espada» ha pasado de moda, y hoy impera la idea de sustituir á la autoridad inflexible la asimilación como base, atacar por la educación la preparación de los naturales, y á pesar de los desengaños de que se ha hablado arriba, la enseñanza, cada vez más ampliamente desenvuelta, aparece como el pivote de la política anglo-india.

Cuestión de las más delicadas, que consiste en hacer to-

mar cuerpo á este problema tan complejo. Adaptar los métodos á la mentalidad indígena en los tres ciclos: primario, secundario y superior, constituyendo para ello nuevos programas, una inspección muy estricta sobre las escuelas, la selección de los profesores y maestros, y ante todo la fijación de un límite para el aprendizaje en el extranjero. Se sabe por experiencia qué prudencia exige la iniciación de los orientales en las civilizaciones europeas. Todos los años un grupo de indo-chinos desembarcaba en Marsella para estudiar el comercio, la industria, la hacienda, y se esperaba de esta medida los más felices resultados; ha ocurrido lo contrario. Aquellos privilegiados, no viendo sino la superficie de las cosas, dejaban sus ilusiones en Europa, y repatriados á Annam, tomaban sobre sus compatriotas una detestable influencia que ha sido preciso modificar por los reglamentos.

En adelante, en lugar de enviar á Francia hombres hechos, no se despachará más que gente joven que presente garantías. El tiempo apremia; ciertos pesimistas, á los cuales el asesinato de Curzón proveerá de argumentos nuevos, consideran la situación como de tal modo grave que se preguntan si por una cruel ironía la victoria de los aliados nipones no habrá hecho sonar en Europa el toque fúnebre del imperio británico.

No cree el articulista en estos sombríos pronósticos, y entiende que en lugar de dejarse la Inglaterra vencer, hará las concesiones necesarias dirigiendo el movimiento y realizando la profecía de sir Henry Cotton: «Antes ó después, la India volverá á tomar su puesto entre los pueblos de Oriente».

Mi comentario.

La lectura de este interesante artículo me inspira la reflexión siguiente: <Nihil novum sub sole», y esta otra tan vulgar como verdadera: «En todas partes cuecen habas».

¡Qué semejanza entre la situación de Inglaterra frente á

los indous y la de España hace nueve años respecto de los indígenas y sobre todo de los mestizos filipinos! Por una parte, una raza dominada puebla el archipiélago y empieza á poner de manifiesto aspiraciones á mudanzas, que crean problemas cada día más graves, y otra raza dominadora, escasa en número, que aspira á seguir mandando, pero haciéndose aceptable y buscando para conseguir este ideal fórmulas y soluciones. Mejoras en la condición de los dominados, garantías de acierto en los Gobiernos, reformas en los impuestos, mayor amplitud en la distribución de los cargos públicos entre los indígenas, reforma en las leyes civiles, penales y administrativas, intervención de los naturales en la gestión de los asuntos locales, formalización y organización y reformas de los Cuerpos consultivos de la Administración central é insular.

Dos diferencias se hacen notar entre los elementos de resistencia india y filipina. Allí el odio á la metrópoli lo comparte toda la raza con una sola excepción, la población mahometana: aquí aquella pasión está en su origen reducida á los mestizos; allí se explota al país con impuestos crecidos; aquí éstos son más moderados que en ninguna colonia del mundo. Hace cuarenta años que Filipinas no enviaba un solo peso de sobrante de sus cajas á la metrópoli. Pero allí un numeroso y poderoso ejército contiene la ola, y aquí uno y escaso apenas bastaba á hacer frente á la insurrección incipiente.

¡La pobreza del Estado! He aquí la causa esencial de la pérdida de las colonias. Sin dinero y por tanto sin marina y ejército suficientemente poderoso, es un sueño pensar en poseer hoy colonias lejanas, y ¡contraste singular! cuando cesa en Filipinas toda sombra de explotación del elemento insular con el desestanco del tabaco y la libertad de su cultivo se suscita potente el espíritu separatista, lo cual demuestra que cuando las colonias llegan á estado de madurez real ó supuesto por efecto de convencionalismos más ó menos fundados, brota la idea de la independencia, que sólo puede con-

trarrestar ú otro interés más fuerte de la colonia, ó una fuerza material de parte de la metrópoli, capaz de hacer frente á los enemigos interiores ó exteriores ó á ambos unidos, asistida por la voluntad resuelta de hacer frente á los peligros de la guerra, cueste lo que cueste. Por falta de lo uno y de lo otro perdimos los restos de nuestro imperio colonial, que, con ser restos, constituían un imperio. Verdad es que la historia nos admitirá como circunstancia atenuante, y acaso eximente, el hecho de tener que pelear con una nación diez veces más poblada y rica y por añadidura más próxima que nosotros y en parte vecina al teatro de la guerra, que de una centuria atrás se había propuesto echarnos de los mundos que descubrimos, para heredarnos.

Complicado es el tema. Pero como la tarea que me he propuesto es la de dar cuenta de un artículo de la *Revista de Ambos Mundos* y no comentarlo, dejando á los señores Académicos saborear el trabajo del comandante A. Davin, su autor, doy punto á mi estudio, esperando no lleven á mal mis ilustres compañeros las breves frases de mi cosecha con que le he puesto coronamiento.